

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS
FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

Estudio histórico sobre Turgot: su concepción filosófico- social y su siglo

TESIS para optar el Grado de Bachiller

AUTOR

Celso T. Zulema

LIMA – PERÚ 1900

Resumen .	1
Estudio histórico sobre Turgot: su concepción filosófico- social y su siglo . .	3

Resumen

Voy a describiros una naturaleza de espíritu extraordinario, espíritu genial que ha llenado y dominado en el verbo fecundo en luz de sus doctrinas, todo un enorme lapso de dos siglos lamentablemente originales en los fastos del mundo del pensamiento y honrado además con sus variados frutos intelectuales y con sus virtudes de súbito mérito a la humanidad y a la historia: refiérome a Turgot

Estudio histórico sobre Turgot: su concepción filosófico- social y su siglo

Señor Decano: ¹

Señores Catedráticos: ²

Señores:

Voy a describiros una naturaleza de espíritu extraordinario, espíritu genial que ha llenado y dominado por el Verbo fecundo en luz de sus doctrinas, todo un enorme lapso de dos siglos eminentemente originales en los fastos del mundo del pensamiento y honrado además con sus variados frutos intelectuales y con sus virtudes de subido mérito a la Humanidad y á la Historia: refiérome a Turgot.

La Filosofía y la economía social cuentanle entre sus más sabios discípulos, la administración de los asuntos públicos jamás tuvo un representante tan moral, ni más hábil, y la Política, ese gran arte de gobernar a los hombres, debe colocarle a la cabeza de aquellos hombres, de Estado que dedican con gusto su existencia a la felicidad de los pueblos y al progreso general de la civilización.

Terminaron los primeros años de su vida, cuando empezaba la segunda mitad del

¹ Caja: 79(185) Inicio del folio 107

² Inicio del folio 108 ídem. Pág. 3

siglo diez y ocho, pues nació el 10 de Mayo de 1727, gozando como muchos otros hombres célebres del raro y feliz privilegio de pasar sin transición de la infancia a la virilidad. En él, la juventud fue nula en el orden moral pudiendo decirse con un biógrafo suyo que la naturaleza le había hecho un sábio antes de que hubiese podido sacudir el polvo de las aulas en las escuelas. A la sombra de los muros del Colegio y del Seminario, habíase educado un filósofo cuyo nombre debía vivir en la historia aun cuando la Fortuna misma no le hubiera asignado más tarde un rango igual a sus merecimientos, y sin duda alguna dependía tan solo de ésta llamar o no un día a Turgot al poder y confiarle o no también un día los destinos de la Francia entre sus manos; pero su genio poderoso imponíase cual soberano a los mandatos de la Fortuna y en efecto vemos que ese joven teólogo había ya asombrado y pagado al mundo del pensamiento hasta el exceso con los dos discursos en *Sorbona* y la carta sobre el *papel moneda* las arcas de su celebridad futura. En fin, en este primer periodo de su existencia estaba su personalidad literaria y científica perfectamente delineada así desde el punto de vista intelectual como del moral, y anunciaba en suma lo que estaba llamado a ser durante el curso de su carrera de gloria: un hombre poderosísimo por el espíritu y por su genio y grande por el corazón.

La ³ sagacidad, la penetración y la profundidad, tales son, señores, las grandes cualidades que desplegó Turgot en vida. Cuentase que tenía una prodigiosa memoria, y que en cierta ocasión recitóle a un amigo suyo, el abate Morellet, piezas de teatro que contenían ciento ochenta versos, después de haberlas oído una o dos veces cuando más. Sabíase por gusto la mayor parte de las piezas fugitivas de Voltaire y muchos trozos de sus comedias y tragedias. Los caracteres dominantes de este espíritu, dice el abate Morellet en sus *Memorias inéditas* eran la penetración profunda que hace resaltar las relaciones más justas entre las ideas y la extensión que liga un gran número de estas relaciones en cuerpo de sistema.

A principios de 1751 después de haber acabado sus estudios de Teología y abarcado la cultura de casi todas las ramas de las ciencias y de las letras profanas, escribió a su padre una carta firme y respetuosa, en la cual le anunciaba que los principios que informaban sus convicciones, no le permitían dedicarse á la carrera eclesiástica. Su padre aprueba esta resolución y entonces al formular algunas objeciones a Turgot, los abates amigos suyos de Cicé, de Brienne, de Very y de Boisgelin que subordinaban las inspiraciones de una conciencia honesta á la necesidad de hacer fortuna y de ocupar algún día una gran posición en la sociedad, contestóles el jóven filósofo con las levantadas frases que siguen: "Mis caros amigos: me siento profundamente conmovido por el excesivo celo que tenéis respecto de mi persona, y tanto más, cuanto que no acierto a expresaros como yo quisiera la gratitud que me anima para vosotros. Hay mucho de verdad en vuestras observaciones, mas tomad para vosotros el consejo que pretendéis darme, puesto que os encontráis en condiciones de poder seguirlo mucho más fielmente que yo. *"En cuanto a mí, me es imposible, en lo absoluto, resignarme a llevar durante mi vida una máscara sobre el semblante"*.

Hé aquí, señores, revelado en toda su majestad, en estas frases plenas de altivez honrada y sublime; no solo al pensador y al filósofo, sino al hombre, y lo que es más

³ Inicio del folio 109 ídem. Pág. 5

todavía, al hombre de gran carácter y de una elevación moral muy grande sobre todo.

Siguiendo inquebrantable en su designio, abandona el hábito aclesiástico y como á la par había mezclado el estudio del derecho al de la Teología, vémosle recibirse consejero substituido del Procurador General el 5 de Febrero de 1752. Desde entonces comienza para Turgot una carrera que puede dividirse en cuatro períodos bien distintos: el tiempo trascurrido desde su entrada en el mundo hasta su nominación en la intendencia de Limoges en 1761, los 13 años de su intendencia, su rápido pasaje al Ministerio y la época de su desgracia. Más conviene antes de bosquejar el cuadro de las diferentes etapas de su vida deteneros siquiera no más que un momento, sobre los bancos del Seminario y de la Sorbona, allí donde su génio económico, filosófico político, habíase revelado con todos los fulgores ⁴ de una gloria verdaderamente inmarcesible.

En 1749 dirígale desde el Seminario una carta al abate Cicé, sobre el papel moneda, y bien señores; allí en esta carta famosa en los fastos de la Economía Política y que desgraciadamente ha pasado incompleta a la posteridad, Turgot, demuestra a la Francia de aquella época cuán quiméricas eran todas las bases sobre las cuales reposaba el sistema Law, y que había conducido ya a una catástrofe tan funesta en 1720. No se le tributaria a Turgot sino muy poca justicia, y se elogiara solamente el mérito absoluto de esta obra. No, hay que trasladarse con la imaginación hacia la época en que vivió, hacia el medio filosófico, moral y económico que rodeaba a su espíritu de gran mirada de águila; hacia esa época bien atrasada por cierto en materia de conocimientos económico y pensar sobre todo que estudio tan sólido como el que contenía esta carta sobre el crédito y la moneda, brotaba de un cerebro de veintidós años, y precisamente en la época en que debía nacer la ciencia de la Economía Política constituida desde entonces en un cuerpo de doctrina, mediante los notables trabajos de Turgot sobre esta materia, y unidos á los de su compatriota Quesnay y a los de el filosofo de la simpatía Adam Smith en Inglaterra.

Hacia fines del mismo año 1749, Turgot fue nombrado Prior de la Sorbona. Este cargo era una especie de dignidad electiva que imponía a aquel, en el cual recaía la elección, el deber de pronunciar un discurso en latín a la apertura y clausura de los cursos de la escuela. El cumplimiento de este deber, suministro a Turgot en 1750 la ocasión de exponer los principios de una filosofía generosa y pura, filosofía de la cual su vida entera parece ser la traducción más perfecta, y que se resume en estas tres palabras: *orden, libertad, progreso*. Para Turgot, el orden es la justicia, donde el hombre encuentra las leyes grabadas en el fondo de su conciencia; la libertad el derecho de hacer todo lo que no es contrario al derecho de otro, el progreso, el desenvolvimiento gradual del hombre sobre la materia, y sobre todo de su moralidad. Es desde el punto de vista de esta doctrina que él considera en el primero de sus discursos las ventajas que ha sacado el mundo del advenimiento del cristianismo y que traza en el segundo el cuadro general de los progresos del espíritu humano. En ambos discursos es bien fácil percibir al través de las formas, que su posición y el auditorio ante el cual se halla, ordenan al orador que no acepte del cristianismo más que su moral sublime y el dogma tan importante para la dicha humana de la existencia de Dios y de la espiritualidad del alma.

⁴ Inicio del folio 110 ídem. Pág. 7

Turgot es religioso a la manera de Sócrates. Este hombre superior estuvo dominado en vida por una sola pasión: el amor de la verdad y del bien.

Así en su primer discurso la tesis tan antigua de la superioridad del cristianismo sobre el paganismo, el paralelo viejísimo del mundo idólatra con el mundo nuevo, parecen casi suministrar⁵ un asunto más precioso a su elocuencia, y tan nuevo que sabe rejuvenecerlo por el calor y la elevación del pensamiento. El menosprecio de la superstición, el amor de la tolerancia no le parece que conduzcan satisfactoriamente á la negación de los beneficios del cristianismo y exalta al contrario con fuerza en un lenguaje cuya sinceridad no tiene nada de sospechosa todo lo que hay de grande, de saludable, de profundamente social, en una doctrina que lleva el nivel de la igualdad sobre todas las cabezas, que enseña a los fuertes de los débiles son también sus hermanos, a los ricos que lo son de los pobres, que reemplaza el odio por el amor el egoísmo por la abnegación y enseña por último a todos que el verdadero mérito consiste no en divinizar las pasiones sino en dominarlas y vencerlas por la fuerza de la virtud y del espíritu.

“El libro de la Historia Moderna ha dicho Mr. De Chanteaubriand, quedara definitivamente cerrado sino se considera al cristianismo ó como una revolución social, o como un progreso natural del espíritu hacia una gran civilización: sistema teocrático; sistema filosófico o uno y otro al mismo tiempo, único que puede iniciarnos en los secretos de la sociedad nueva.” Turgot pertenece pues al pequeño número de estos filósofos que han proclamado el principio cristiano con un talento superior.

El orador considera sucesivamente la influencia de la religión sobre la felicidad individual de los hombres y sus efectos sobre la constitución del cuerpo político o de la sociedad. Para esto expone primeramente la corrupción del mundo pagano y la barbarie de sus costumbres y de sus leyes. Muestra a su auditorio entusiasmado como las letras, las ciencias y las artes han sido conservadas por el cristianismo y pone en evidencia el carácter eminentemente social de todas sus instituciones y con tal motivo se pregunta que han llegado a ser Egipto, Asia, Grecia y todas las regiones de la tierra, donde esta religión ha encontrado seculares obstáculos á su establecimiento, terminando este discurso con las siguientes frases: “Únicamente la religión de Cristo ha enaltecido los derechos de la humanidad. Por medio de ella en fin se han conocido los verdaderos principios de la unión de los hombres con las sociedades y ella es la única que ha sabido aliar al mismo tiempo un amor de preferencia para la sociedad de donde ha nacido con el amor general de la humanidad.”

El segundo discurso en la Sorbona pronunciado el 11 de Diciembre de 1750 constituye un bosquejo rápido y brillante de la historia de los progresos del espíritu humano. Por primera vez se formula la gran concepción filosófica sobre la perfectibilidad indefinida de nuestra especie o sea la doctrina del progreso. Desgraciadamente falta el desarrollo de esta doctrina hermosa, la cual parece haber sido arraigada con profunda convicción en el espíritu de Turgot.

Veamos ahora como se expresa el joven filosofo sobre el alma humana, el Ser Supremo, los principios de las sociedades, los derechos de los hombres, sobre las constituciones políticas, la⁶ legislación, administración, educación física, moral é

⁵ Inicio del folio 111 ídem. Pág. 9

intelectual, medios de perfeccionar la especie humana, etc.

“Los fenómenos de la naturaleza sometidos a leyes constantes están encerrados en un círculo de revoluciones siempre las mismas, siempre idénticas. Todo renace y todo también perece, y en estas generaciones sucesivas por las cuales los vegetales y lo animales se reproducen, el tiempo, no hace más que restablecer a cada instante la imagen de aquellos que ha hecho desaparecer. Al contrario la sucesión de los hombres ofrece de siglo en siglo un espectáculo cada vez mas variado. La razón, las pasiones, la libertad producen sin cesar nuevos acontecimientos. Todas las edades están encadenadas por una serie de causas y de efectos que ligan el estado del mundo a todos aquellos que lo han procedido. Los signos multiplicados del lenguaje y de la escritura dando a los hombres el medio eficaz de asegurarse la posesión de sus ideas y de comunicarlas a los demás, han formado de todos los conocimientos particulares un tesoro común que se trasmite de una a otra generación, de igual manera que una herencia aumentada siempre con los descubrimientos de cada siglo, y el género humano considerado desde su origen aparece ante los ojos del filosofo como formando un todo inmenso que posee y tiene como cada individuo su infancia y su progreso.”

Pasando en seguida al espectáculo de la vicisitud de las cosas humanas recuerda el filósofo en pocas palabras llenas de elevación el continuo vaivén que se nota en todos los asuntos de la tierra y sobre todo en la marcha de los acontecimientos de la historia y en el progreso de las ideas, y dice:

“Sin embargo en medio de sus destrucciones (refierese a la humanidad) las costumbres se dulcifican, el espíritu humano se esclarece, las naciones aisladas se aproximan, el comercio y la política reúnen en fin todas las partes del globo, y la masa total del genero humano por alternativas de agitación y de calma, de bienes y de males, *marcha siempre aunque a pasos lentos hacia un perfección cada vez más grande.*”

Permitidme, señores, que sobre estas ideas que tanto interesan al porvenir de la humanidad me detenga un poco más citando para ello el testimonio de aquel espíritu sublime que constituye la más envidiada gloria y el más eterno orgullo de la Francia en los dominios de luz del pensamiento y de la idea: es Condorcet.

En su obra titulada *vida de Turgot* expone el comentario siguiente sobre las ideas que más adelante ha referido: -“Turgot considera una perfectibilidad indefinida como una de las cualidades distintivas de la especie humana. Esta cualidad parécele pertenecer al genero humano en general y a cada individuo en particular”. Así creía por ejemplo que los progresos de los conocimientos físicos, los de la educación, los del método en las ciencias, o el descubrimiento de nuevos métodos contribuiría a perfeccionar la organización, á hacer á los hombres capaces de reunir ⁷ más ideas en su memoria y multiplicar las combinaciones; creía que su sentido moral era igualmente capaz de perfeccionarse. Según estos principios todas las verdades útiles debían terminar un día por ser generalmente conocidas y adoptadas por todos los hombres. Todos los antiguos errores debían anonadarse poco a poco y ser reemplazados por las verdades nuevas.

⁶ Inicio del folio 112 ídem. Pág. 11

⁷ Inicio del folio 113 ídem. Pág. 13

Este progreso creciente siempre de siglo en siglo no tiene término y si tiene alguno no se le puede determinar con precisión en el estado actual de nuestras luces. Turgot estaba convencido de que la perfección del orden de la Sociedad llevaría consigo una perfección también no menos grande en la moral; que los hombres llegarían a ser continuamente mejores a medida que fueran esclareciéndose más y más.

En suma quería que en vez de pretender enlazar las virtudes humanas a los prejuicios, en vez de apoyarlas sobre el entusiasmo o sobre principios exagerados se limitase la misión del filósofo a convencer a los hombres así por medio de la razón como por el sentimiento que su interés debe llevarles a la practica de las virtudes dulces y pacíficas; que su felicidad esta ligada con la de los otros hombres. El fanatismo de la libertad, el del patriotismo no le parecía verdaderas virtudes; más si estos sentimientos eran sinceros entonces constituían errores respetables de las almas fuertes y elevadas a quienes seria preciso iluminar sin exaltación alguna de las pasiones y temía que sometidas a un examen severo y filosófico estas virtudes fuesen hasta el orgullo, hasta el deseo de dominar a los demás; que el amor de la libertad no fuese el de la superioridad sobre sus conciudadanos, el amor de la Patria el deseo de aprovechar de su grandeza y lo probaba observando cuando poco *importaba al mayor número el tener influencia sobre los asuntos públicos o pertenecer a una Nación cominadora.*"

En este mismo discurso profetizó Turgot en aquella época la futura independencia del Nuevo Mundo al hablar en estilo digno del asunto sobre las colonias fenicias que se establecieron a lo largo de las costas del Asia Menor y de la Grecia: "Las colonias son como los frutos que no se desprenden del árbol sino cuando llegan al periodo de su madurez: Cuando se bastan así mismas tratan de sacudir la pesada coyunda de sus metrópolis, van a su independencia como la han hecho todas desde Cartago y lo que hará algún día la América."

Sólidos estudios literarios y filosóficos, espíritu ávido de todos los géneros de instrucción y un ardiente deseo de ser útil a la humanidad son los verdaderos puntos de partida que guiaron sus primeros pasos sobre la escena del mundo.

Ya le seguiremos en su vida pública, ya le examinaremos y admiraremos en sus obras.

Turgot no conservó sino un año, la colocación de sustituto del Procurador General. Fue nombrado Canciller el 30 de Diciembre de 1752 y Maestro de peticiones el 28 de Marzo de 1753. Este puesto consistía en que uno de los magistrados de Paris hacia la relación de las peticiones ⁸ de las partes en el Concejo del Rey en donde tenía voto deliberativo. Su desempeño estaba conforme con los deseos de Turgot en aquel entonces porque quería consagrarse á la patria á la verdad y á la justicia.

La previsión y talento de este grande hombre de Estado no tardaron en atraerle el afecto de los hombres más distinguidos de su época y así le vemos entrar en relaciones con Montesquieu, D'Alambert, Helvetius, el barón de Holbach, los abates Bon y Morellét, el abate Galiano, Raynal, Mairon, Marmontel, y multitud de personajes, más o menos célebres en el salón de la literatura Geoffrin que era el centro de reunión de los literatos,

⁸ Inicio del folio 114 ídem. Pág. 15

de los sabios, de los artistas y de todos los extranjeros que visitaban la Capital de la Francia en aquellos tiempos. Mas este mundo de filósofos donde fermentaban los gérmenes de tantas ideas verdaderas ó falsas y en el que gozó de la reputación magnífica de hombre de gusto y de buen juicio estuvo bien lejos de influir y de imponerse á las aspiraciones superiores de Turgot.

Convencido de que la posesión de la verdad no es el privilegio exclusivo de una sola persona vuelvese siempre en sus meditaciones del lado donde parte la luz; no participando de prejuicio alguno, vemosle entregarse con ardor al estudio de las ciencias y de las letras. Estudio de nuevo las Matemáticas, la Física, la Química, pero en relación con los intereses de la agricultura, de la industria y del comercio. Profundizó la Historia, la Metafísica, la Moral, dirigiendo de preferencia su atención hacia las modernas literaturas, llegando á manejar como idiomas suyos el Alemán y el Inglés, pues tradujo a Gesner y Klopstock de la primera de estas lenguas y a Shakespeare, Hume y Tucker de la segunda.

Hacia 1755 estuvo ligado por los vínculos de la amistad con Gournay intendente del comercio desde 1715 y el Doctor Quesnay medico de Luis XV, los cuales comenzaron a propagar en Francia las principales verdades de la economía política.

En 1759 comienza la época de actividad intelectual de Turgot, actividad, señores, que puede considerarse como un monumento esplendido levantado al pensamiento y á la civilización. Héla aquí:

1.º *Dos cartas contra el sistema de Berkeley*, filosofía que niega la existencia de los cuerpos y las *Advertencias críticas* sobre la obra de Maupertuis intitulada: *Reflexiones filosóficas* sobre el origen de las lenguas y la significación de las palabras (1750); 2.º *Las Observaciones* bajo forma de carta dirigida a Madame Graffigny sobre el manuscrito de las *cartas peruanas*(1751);3.º El plan de una *Geografía Política* y el de *dos discursos sobre la Historia Universal* considera en primer lugar desde el punto de vista de la formación de los gobiernos y de la mezcla de las naciones, y en segundo del de los progresos del espíritu humano(1750 y 1754); 4.º *Dos cartas sobre la tolerancia*, dirigidas a un gran vicario que había sido el condiscípulo de Turgot en la Sorbona ⁹ (1753 y 1754); 5.º *“El Conciliador”o cartas de un eclesiástico a un magistrado sobre la tolerancia civil*(1754);6.º *La traducción de las cuestiones importantes sobre el comercio de Josías Tucker*(1753); 7.º Los artículos *Existencia, Etimología, Expansibilidad, Ferias y Mercados* y fundación de la Enciclopedia (1756); 8.º, en fin el Elogio de Gournay su maestro más querido (1759).

Tratemos ahora de la Filosofía Social de este hombre ilustre.

Turgot es un ardiente defensor de la desigualdad entre los hombres hasta considerarla como una verdadera necesidad y concluye así su tema magistral sobre esta materia que había de suministrar más tarde a Juan Jacobo Rousseau manantial abundante de elocuencia como de contradicciones y paradojas: “La desigualdad no es un mal; ella es una felicidad para los hombres, un beneficio de aquél que ha pesado con tanta bondad como sabiduría, todos los elementos que entran en el corazón humano; y que sería de la sociedad si esto no fuera así, si cada uno laborase su pequeño campo?”

⁹ Inicio del folio 115 ídem. Pág. 17

Sería preciso también que cada uno construyese su casa, confeccionase su vestido. Cada cual estaría reducido así mismo y a las solas producciones del pequeño terreno que le rodease. De que viviría el habitante de las tierras que no producen el trigo. ¿De qué? ¿Quien transportaría las producciones de un país a otro? El más humilde paisano goza hoy de una multitud de comodidades reunidas frecuentemente de climas muy alejados y para ello tomó al peor equipado: mil manos, tal vez cien mil han trabajado para él. La distribución de las profesiones estálele necesariamente la desigualdad de las condiciones. Sin ella, ¿Quién perfeccionaría las artes útiles? ¿Quien socorrería a los enfermos? ¿Quién extenderá las luces del espíritu? ¿Quién podrá luz a los hombres y a las naciones esta educación tan particular y tan general que forma el fondo mismo de las costumbres? ¿Quién juzgaría apaciblemente las querellas? ¿Quién opondría un freno a la ferocidad de los unos, un apoyo a la debilidad de los otros? ¡Libertad!....

“Yo lo digo suspirando; los hombres no son dignos de ti ¡igualdad! ellos te desean con ardor, mas nunca puede llegar hasta la altura donde tu llegas, nunca te alcanzaran!”

En materia de las atribuciones del Estado con respecto a la religión, Turgot pide prácticamente la independencia absoluta de los sacerdotes de todas las religiones en el orden espiritual: “El espíritu de disciplina, las buenas costumbres, las obras de caridad, la abnegación de los hombres hasta el sacrificio comprendiendo allí igualmente: las ignorancias, las supersticiones, las debilidades del espíritu, las rutinas del pensamiento, las credulidades piadosas, las nubes, las tinieblas, los fantasmas de la infancia, del tiempo, viejos vestigios de lo pasado de los cuales gustan muy poco los cultos de despojarse; porque ellos forman parte de su autoridad, de ¹⁰ su respeto y de su fama sobre la imaginación de los pueblos.”

Y continuando sobre esta materia el joven filósofo del siglo diez y ocho, agrega: “La sociedad puede escoger una religión para protegerla; más si ella lo escoge, escógela como útil, nunca como verdadera, y he aquí por qué la sociedad no tiene el derecho de impugnar las enseñanzas contrarias: Ella no es competente para juzgar de su falsedad; esas enseñanzas por contrarias que sean a la religión escogida por la sociedad no pueden ser nunca objeto de las leyes prohibitivas y si ella lo hace no tendría el derecho de castigar a los contraventores: he omitido pronunciar la palabra rebeldes y éstos los hay allí donde la autoridad no es legítima.”

Hemos considerado al pensador y al filósofo en sus distintas fases, veamos ahora al político, al hombre de Estado.

Turgot, Ministro de la hacienda pública en Francia propuso al Rey Luís XVI bajo la *relación económica*, sin bancarrota, sin aumento de impuestos, sin empréstito y solamente acrecentado la producción, la verdadera riqueza nacional y disminuyendo los gastos de la Corte, adoptando la economía y la igualización de las cargas públicas, a fin de llegar al equilibrio del presupuesto y á la extinción de la deuda pública con la supresión de las prestaciones, córveas etc. O sea por el establecimiento de la libertad del comercio y de la industria. Desde el punto de vista de la *relación política* propúsole apartar todas las dificultades provenientes de la arbitrariedad y del despotismo del

¹⁰ 0 Inicio del folio 116 ídem. Pág. 19

antiguo régimen; por el establecimiento del sistema municipal; así como por el de una representación provincial y nacional; para todas las cuestiones de impuestos y de intereses populares; efectuar también la separación de la iglesia y del Estado; en fin; de proceder a la suspensión de fundaciones; substituciones y derecho de manos muertas que habían obtenido la nobleza y sobre todo el clero; para adjudicarlos en provecho de la nación. Reservaba en sus más elevados designios todo un vasto sistema de instrucción pública que debía diferir sin duda alguna mucho de aquel que más tarde presentó a la Convención Nacional su ilustre amigo Condorcet. Turgot quiso que se efectuase bien pronto a pesar del Rey la reunión de la Asamblea Constituyente: Todo lo que proyecto era de fácil realización; y tanto mejor lo hubiese sido; dice Laffitte. "si en lugar de Luis XVI se hubieran hallado rigiendo los destinos de la Francia de aquella época hombres como Federico II de Prusia o como Luís XIII."

He aquí por que la hipótesis de la Revolución llevada adelante por Turgot y asistida de los hombres del ochenta y nueve llamados al Gobierno, no es ni puede ser en manera alguna un procedimiento caduco.

Mas Turgot encontrase en su camino de reformador primero y necesariamente, con todos los privilegios del antiguo régimen, de los cortesanos, del clero, de los nobles, de los parlamentos y de los financistas; después la Corte a cuya cabeza estaba María Antonieta de Austria que ¹¹ ¹ arrastra bien pronto en la resistencia al Rey mismo aun cuando al principio hubiese consentido la reforma. ¡Y Turgot tuvo que estrellarse ante la roca fatal de los acontecimientos!

.....

Su caída quedará en la histórica como la más principal y tremenda fatal política de Luís XVI, fatal que constituyendo un gran crimen social debía dar alientos a la Revolución que ya se operaba empíricamente, *por lo bajo*, es decir, fuera del Gobierno y á pesar de él por los esfuerzos espontáneos que hace la masa de un pueblo que quiere ser libre: esfuerzos violentos a veces y en la mayor parte de los casos proporcionados a las resistencias que oponen la arbitrariedad y la tiranía a la gran causa noblemente sagrada de la libertad y del derecho.

Turgot había combatido a los economistas financistas de la escuela de Law y adoptado los principios liberales de Gournay antes de la formación de la llamada secta de los fisiócratas. En el momento en que gozaba más del favor público, el Intendente de Limoges tuvo la idea bastante singular de condensar en pocas paginas las doctrinas económicas consagradas al uso de dos jóvenes chinos que regresaban á su país después de una corta estadía en la Francia. ¡Tal era la confianza de estos espíritus generosos, pero un tanto quiméricos en la evidencia de sus doctrinas y en la unanimidad de las inteligencias humanas! Examinadas estas doctrinas se halló que en la exposición de los principios redactados por Turgot estaban varios puntos en desacuerdo completo con el *credo* de la escuela. Este disentiendo se marca mejor todavía si se trata de reunir en un conjunto de ideas las *Reflexiones sobre la formación y distribución de la riqueza, sus discursos en la Sorbona, su Geografía Política y su discurso sobre la Historia Universal*.

¹¹ ¹ Inicio del folio 117 ídem. Pág. 21

En primer lugar en vez de reducir toda la actividad económica, y de hacer de aquella el centro de la historia y de la política, Turgot, repone las funciones de la producción y del cambio en su verdadero rango, o sea en la economía del cuerpo social donde la religión, las costumbres, las ciencias, las letras y las bellas artes juegan un rol no menos importante.

En seguida no participando de la concepción de un derecho natural primitivo que coloca una especie de edad de oro en el origen de la humanidad entregase con este motivo a la edad de veintitrés años, en plena floración de la adolescencia y del pensamiento a los estudios históricos, profundizándolos y llevando a su espíritu la convicción de que las primeras poblaciones humanas no habían sido menos pacíficas que virtuosas. Y no era que él creyese en un progreso continuo y uniforme como algunas de sus formulas más citadas podrían hacerlo creer, no; así admitía por ejemplo: en uno de sus *Discursos en Sorbona* que el progreso moral no es rectilíneo y creía en una transformación gradual de la criminalidad sangrienta en una criminalidad astuta; más en cambio sabía que las sociedades ^{12 2} han seguido una marcha determinada en su desenvolvimiento económico, como en su desenvolvimiento religioso, filosófico, artístico y científico y trataba de fijar sus respectivas etapas, colocándose tanto como le fue posible muy cerca de la historia real de todas ellas.

Esta preocupación la compartió Turgot con los más grandes espíritus ingleses del décimo octavo siglo, tales como Adam Smith y Hume.

Decir que el método de Turgot es más histórico que filosófico es como manifestar que dicho método está constituido menos *a priori* que el de los fisiócratas y así dice en sus famosas *Reflexiones*: “Los hombres no en todo consiguen iluminar á los demás sino por el solo medio de los tanteos de la experiencia.” Esforzase, pues, manifiestamente por hacer marchar de frente en todos sus estudios económicos la razón y la historia de una manera más exacta que la mayor parte de sus contemporáneos. Desconocía, sin embargo mucho más que ellos las diferencias que la historia ha establecido entre las diversas naciones. Mr. Mercier de la Rivière, piensa que el mismo derecho debe regir paralelamente cada Estado, por que cada legislación es una derivación del derecho natural primitivo. Turgot le opone formidables barreras y al oponerlas declárase ciudadano del mundo. También se encuentra en su correspondencia esta frase admirable procedente de un antiguo Ministro: “Aunque no olvida que hay Estados Políticos separados unos de otros y constituidos diversamente, jamás tratará bien ninguna cuestión de Economía Política.”

En fin Turgot insistió como no lo hicieron los fisiócratas sobre dos leyes económicas conexas: la división del trabajo y la desigualdad de las condiciones. “Las ocupaciones de los hombres no pueden en efecto diferir de naturaleza sin diferir en dignidad, sin que las unas dejen de subordinarse a las otras.” Tal es lo que establece solidamente desde el principio hasta el fin de sus *Reflexiones*: “Cada obrero trabaja para las necesidades de todas las demás clases de obreros los cuales a su vez trabajan en conjunto para él. Más en esta reciprocidad de servicios en que el trabajo de cada uno es indispensable á todos, todos no gozan de las mismas ventajas. El labrador no goza de lo superfluo, el obrero no

^{12 2} Inicio del folio 118 ídem. Pág. 23

recibe más que un minimum. En todo género de trabajo se debe llegar y se llega en efecto a conseguir que el salario del obrero se limite estrictamente á aquello que le es necesario para su subsistencia.” El obrero que no tiene más que sus brazos está pues de hecho subordinado al propietario de las tierras. Sus condiciones son inevitablemente desiguales y esta desigualdad debe crecer con el desenvolvimiento de la riqueza. Como se ve, Turgot tenía presente que la división del trabajo y la concurrencia de los trabajadores, tienen por consecuencia obligada lo que se debía llamar más tarde la *ley de hierro*, es decir la reducción al minimum de los salarios. “Ningún fisiócrata había lanzado sobre estos horizontes una mirada tan clarividente ni tan genial”^{13 3} dice Alfredo Espinas, en su “Historia de las doctrinas Económicas.”

Por todas estas razones Turgot aléjase de los fisiócratas, acercándose más a Adam Smith y su escuela, siendo además muy probable que el filósofo de la simpatía hubiese conocido las *Reflexiones* de Turgot publicadas mucho antes de su gran obra intitulada *La Riqueza de las Naciones*.

Con Turgot la Sociología y la filosofía del progreso comienzan a desprenderse netamente del reino vago y nebuloso de las formulas y de los principios A PRIORI y puede ser considerado como el primero que trató de fundar en la Francia una teoría del progreso independientemente de toda Metafísica e inquiriendo para ello en la historia de los hechos sociales las leyes de su evolución y de su causa.

El entrevió la *ley de los tres estados* sobre la cual Augusto Coite fundó la ley general de su dinámica social, perdiendo el verdadero punto de vista de su aplicación, la cual no tiene lugar sino en la evolución intelectual de las sociedades. Es verdad que para Comte, lo mismo que para Turgot, son las ideas las que gobiernan el mundo y que al formular por consiguiente la ley de la evolución progresiva de estos ideales de la conciencia colectiva, ambos enunciaron por decirlo así, la formula misma del progreso. Veremos también que esta conclusión en parte exacta, conducirá a la concepción de una nueva Metafísica durante gran parte del siglo que termina y notablemente en la Filosofía idealista Alemana. Es en efecto una ley de la evolución de la Filosofía del Progreso, que donde quiera que allí existía una laguna o una imperfección existente en su desenvolvimiento científico e integral, estos puntos débiles son inmediatamente remplazados por la Metafísica y a falta de esta por la Teología; tal es en efecto el espíritu humano, al que habiéndole sido preciso a cada instante, a cada hora darse una explicación completa del Universo físico y social debió sin duda recurrir en algunos casos á las supersticiones y a los absurdos más groseros.

Turgot como Condorcet y Rousseau atribuye a la libertad humana el valor de un fin, que debe ser amado por su propia belleza, por su fecundidad sin límites y en cierta manera por la *infinidad* de progreso que envuelve.

Esta concepción vasta y grandiosa sobre la perfectibilidad indefinida, debía reformar, Señores, no solamente la filosofía de la historia, sino también la del Derecho. El reinado de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad diferido por el cristianismo para otro mundo y esperado solo de Dios, el siglo XVIII lo esperó en este mundo y lo pidió al hombre. El cielo descendía sobre la tierra como un ideal que, sin duda, no puede

^{13 3} Inicio del folio 119 ídem Pág. 25

alcanzarse, pero al que debemos aproximarnos siempre.

Más, a pesar de haber enunciado tan magistralmente la ley del progreso, Turgot admite sin embargo las regresiones transitorias y a este respecto dice lo siguiente:^{14 4} "Los progresos aún cuando sean necesarios van frecuentemente mezclados de decadencias, continuadas estas por los acontecimientos y las revoluciones que vienen a interrumpirlos." Turgot no explica desgraciadamente por que la ley del progreso es una *necesidad*, la ley constante e inmutable, y la decadencia según su concepto no vendría á ser en este caso más que una supresión momentánea de la ley, un accidente. Su teoría tiene importancia y mucha, desde el punto de vista colectivo, porque ella prueba hasta la evidencia que en el despertar de la Revolución francesa, no constituyó en manera alguna el desfallecimiento que entibia todas las potencias activas del espíritu; sino antes bien la confianza que retemplaba, y enardecía, y entusiasmaba, y dominaba el pensamiento francés de aquella época, de aquellos prohombres de la libertad y de la independencia de los pueblos.

Por otra parte el pesimismo aparente de Roseau no era deprimente, conducía hacia el camino de la rebelión. La Sociedad francesa sentíase y mostrábase capaz de reaccionar contra las causas económicas y morales de depresión que la habían aplastado durante los años que precedieron a la explosión. Turgot mismo apreciaba como Rousseau los vicios inherentes a los grandes Estados, atribuyendo la mayor parte de ellos a la elaboración del progreso en las pequeñas sociedades políticas republicanas, y esto es lo que conviene más a los pueblos que en le curso de la evolución histórica han continuado siendo cazadores o pastores: "Es allí (en estas Republicas) que las revoluciones restableciendo las leyes al examen han perfeccionado a la larga la legislación y el gobierno; es allí donde la igualdad se ha conservado, donde el espíritu y el valor han tenido verdadero prestigio, y donde le espíritu humano ha hecho los más rápidos procesos. Es allí por último donde las costumbres y las leyes han enseñado a los ciudadanos la manera más adecuada de dirigirse *hacia la mayor felicidad de los pueblos.*"

Turgot transformó pues en parte la concepción anterior del estado de naturaleza, tomándola en el punto de partida de las formas sociales actuales, en los estados sociales preexistentes, pero reales. Con esta transformación las sociedades primitivas comenzaban por otro lado a ser mejor conocidas, y ya Locke había utilizado en la Psicología y en la Ciencia Política las observaciones recogidas por los viajeros.

Turgot reconoció también la ley de las *alternativas* en la historia de la humanidad. Tal idea la veremos desenvuelta más tarde por Saint-Simón, cuya clasificación en periodos orgánicos y críticos está más en relación con la naturaleza del organismo social, aun cuando perdiera de vista el principio sociológico de que las sociedades son en realidad organismos perfectos que tienen todos sus estados de crecimiento o de degeneración y que el grado y la superioridad de organización son los que constituyendo entre ellas diferencias, pueden servir únicamente de base a una clasificación de sus tipos y en consecuencia a una teoría del progreso. El grande hombre^{15 5} de Estado que hubiera

^{14 4} Inicio del folio 120 ídem. Pág. 27

^{15 5} Inicio del folio 121 ídem. Pág. 29

podido salvar á Luís XVI y aun a la misma monarquía, determinaba el fin de la política indicando como línea directriz la mayor felicidad de los pueblos, fórmula mucho más amplia en cierto sentido que de la felicidad del mayor número de Jeremías Bentham.

La ley de los tres estados de Augusto Comte no sola la entrevió Turgot, como más adelante lo he apuntado, sino que también la desarrolló y en este sentido debemos saludar y ver en el joven teólogo de la Sorbona al verdadero creador de la Sociología moderna.

A un espíritu tan vasto como el que me ocupa no podía dejar nunca de preocuparle el doble problema de la educación y de la instrucción y así tenemos que en sus *Memorias* al rey (1775) pedía la formación de un consejo de instrucción pública, reclamando con elocuencia el establecimiento de una enseñanza cívica y nacional que se daría en el campo. “Vuestro reino Sire es de este mundo. Sin poner obstáculo alguno a la instrucción cuyos fines se levantan más altos y que tiene ya sus reglas y sus ministros, creo no poder proponernos cosa mejor y más ventajosa para vuestro pueblo que el que hagáis impartir á vuestros súbditos la instrucción que les manifiesta las obligaciones que tienen para con la sociedad y para con vuestro poder que les protege; los deberes que les imponen estas obligaciones y el interés que tienen en llenar estos deberes por el bien público y por el suyo propio. Esta instrucción moral y social exige libros hechos expresamente en colaboración, con mucho cuidado, y un maestro de escuela en cada parroquia que enseñe a los niños con el arte de leer, de escribir de contar y de medir los principios de la Mecánica.”

“El estudio de los deberes de los ciudadanos debe ser el fundamento de todos los demás estudios.”

“Hay métodos y establecimientos para formar geometras, físicos y pintores. No los hay para formar ciudadanos.”

En resumen, Turgot, en materia de educación como sus contemporáneos, perteneció a la legión de los verdaderos precursores de la Revolución francesa en el orden pedagógico. En 1762 comenzó la Revolución escolar, al menos en lo concerniente á la enseñanza secundaria. Los parlamentos de esa época concibieron el sistema de la universidad del siglo diecinueve y prepararon la obra de Napoleón I. Pero dejaron para los hombres de la revolución el honor de ser los iniciadores de la reforma de la instrucción primaria sobre bases más amplias, más sólidas, más liberales, más progresivas y más justas.

Turgot, pues, examinó el problema educativo de dos puntos de vista esenciales: Primero el del individuo, después el de la Nación. En cuando al individuo, él creía que el hombre estaba en la obligación de formarse digno de este hombre, y aún más de estar en aptitud de realidad un día tal o cual función determinada en el medio dentro del cual vive. De allí la necesidad ^{16 6} para el individuo de una cultura general y de una preparación más ó menos especial; la primera desinteresada y la segunda utilitaria. Él quería en suma que se diere a la juventud francesa mediante una cultura verdaderamente liberal y desinteresada lo que pascal llama en hermosa frase: “el hambre de las cosas

^{16 6} Inicio del folio 122 ídem. Pág. 31

espirituales,” porque él tenía la convicción de que el desinteresamiento y la causa del ideal, eran necesarios como condiciones de imperiosa vida, para el progreso y para perpetuar la felicidad de los grandes pueblos en lo porvenir.

Turgot se nos presenta bajo el aspecto de un pensador aparte, y precisamente en una época en que el espíritu humano representado por tantos hombres de nota y de genio, revistiendo la fisonomía más uniforme al mismo tiempo que la expresión más poderosa. Espíritu generalizador y de ideas espirituales en el siglo del análisis y del predominio de la escuela sensualista; religioso en el siglo del escepticismo y del quebrantamiento de todas las creencias; recto y puro en presencia de los sofismas de los intereses, del auge de la secta y del énfasis de las declaraciones sociales; estudioso de lo pasado que él comprendió admirablemente en medio del menosprecio de todas las tradiciones y de las apreciaciones intolerantes de los adoradores de la razón pura y del derecho absoluto; de una gran pureza de conducta en el relajamiento general de las costumbres. Turgot, no tuvo jamás otro guía que su conciencia, ni otro fin que la verdad, ni otra práctica que la de la virtud, ni otra diosa, ni otra soberana que la justicia a la subordinada siempre todos los actos de su vida y de todas las inspiraciones luminosísimas de su pensamiento. ¡Hombre sublime!

Su gran teoría consoladora sobre el progreso de las sociedades ha sido establecida sobre una base inquebrantable y en lo que en aquel entonces no era sino opinión aislada de un joven estudiante, a llegado ha ser ahora la triple creencia moral, intelectual y social de nuestro siglo.

Dotado de un genio vasto y comprensivo, liberal y tolerante, libre de los prejuicios de la escuela histórica, cuyo espíritu dominado en su tiempo, Turgot, merece en la Historia de las ideas filosóficas y sociales una colocación no lejos de la de Montesquieu.

Más, la gran lucha del siglo que era la lucha de lo pasado de lo porvenir, entre el espíritu antiguo y el espíritu nuevo, arranca a Turgot de las regiones serenas de la ciencia para lanzarlo en la arena del combate.

La sociedad francesa presentaba en aquel entonces un singular espectáculo. Existía una disidencia completa entre el gobierno de los asuntos públicos y el estado de los espíritus. Por una parte entre un poder condenado después de un siglo de luz brillante a la inmovilidad y a la debilidad, y por el otro lado, una sociedad en progreso animada de una actividad intelectual que se extendía a todo; de un atrevimiento especulativo que no respetaba nada, y cuyo poder crecía con las luces, las exigencias con las necesidades¹⁷ 7, la agitación con el éxito y que proclamando la soberanía del espíritu humano y la universalidad del libre examen, hallóse en medio de la persistencia porfiada de las viejas instituciones en plena revolución moral. Incierto de su derecho, dudoso de su fuerza, el Gobierno, para adueñarse de esta corriente que le arrastraba insensiblemente hacia su pérdida, apoyose sobre el clero, que reclamaba las clases privilegiadas porfiadamente adheridas á los favores que obtenían de la costumbre y de la legislación. Órgano de los grandes principios respecto de los cuales preparaba magesticamente su advenimiento, Turgot, protesta a nombre de la libertad de conciencia contra la intolerancia del clero; así como también defendió más tarde la libertad del trabajo contra los clamores de los

¹⁷ 7 Inicio del folio 123 ídem. Pág. 33

privilegiados.

Tomás Carlyle, en su historia de la Revolución Francesa, acerca de la cual ha dicho muy bien Gubernatis:..... *“venne in luce la sua “Storia Della Rivoluzione francese” la migliore “per aventura di quante ne furono scritte, expresase del siguiente conceptuoso modo sobre Turgot: “En vez de un pervertido y quebrado abate, Terray, tenemos ahora de Tesorero General un virtuoso y filosófico Turgot, con toda una Francia reformada en su cabeza. Ha de arreglar hasta donde sea posible todo lo que está mal en la hacienda o donde quiera que sea. ¿No es acaso como si la sabiduría misma haya de tener asiento y voz de aquí en adelante en el Concejo de los reyes? Turgot ha ocupado su cargo, empleando al hacerlo la más noble sencillez de lenguaje y ha sido oído por la más noble fidelidad real. Es verdad que como objeto el rey Luís, “Dicen que jamás va a misa” pero la Francia liberal no le quiere menos por ello; la Francia liberal responde: “El abate Terray iba siempre a ella.” El filosofismo ve por primera vez a un filósofo en un cargo público; le secundará con aplauso en todo, ni podrá estorbarle el viejo Maurepas, si es que puede fácilmente ayudarle.”*

Se sabe que Gournay fue maestro de Turgot; pues bien, cuando murió aquel en 1759, consagrole éste un elogio que es su más digna recomendación para la posteridad, resumiendo allí sus opiniones y doctrinas y formulando a la par la Carta intelectual de esta imponente escuela liberal de donde debían salir los Economistas de la Constituyente y todos aquellos que defienden al presente las grandes conquistas de la Revolución. Esta bella oración fúnebre que por aquel entonces constituía la crítica del presente debía ser el programa de lo porvenir.

Turgot subió al ministerio con profundos conocimientos; tenía la experiencia de los hombres y el hábito de los negocios. Su capacidad era universalmente reconocida y su reputación intachable. Jamás tal vez en todas las épocas de la historia fue abierto al genio de un solo hombre un teatro tan vasto ni tan grandioso. Malesherbes decía por Turgot, que tenía la cabeza de Bacon y el corazón de L'hopital. Voltaire decía ^{18 8} también sobre él: “Este ministro hará tanto bien que tendrá á todo el mundo contra él” y en efecto el gran filósofo no se engañaba. El ministro del interés general cuyas saludables reformas habían desterrado de la sociedad francesa tantos prejuicios ahondados en la conciencia nacional, era lógicamente el enemigo natural de todas las gentes que Vivian del abuso y a las cuales oíaseles decir ingenuamente: ¿Por qué pues innovar; no estamos muy bien así? El generoso defensor de la libertad del comercio y de la industria, de la igualdad civil y del respeto de todos los derechos, hubo de resignarse ante estos ataques venidos de por lo bajo para entrabar su marcha.

Cuando se lee el edicto en que Turgot expuso los motivos de la abolición de las corporaciones y de la emancipación del trabajo considerado entonces como un derecho de dominio, reconocemos al punto en él, un manifiesto inmortal que aun hoy al recordarlo no puede menos que dejar nuestro animo huellas profundísimas de admiración, de simpatía y de respeto: “Dios, decía Turgot dando al hombre necesidades y haciéndole necesario el recurso del trabajo ha hecho del derecho a éste, la propiedad de todo hombre, y esta propiedad es la primera, la más sagrada, la más imprescriptible de todas

^{18 8} Inicio del folio 124 ídem. Pág. 35

las propiedades. Nosotros consideramos como uno de los primeros deberes de nuestra justicia y como uno de los actos más dignos de nuestra beneficencia, el de liberrar nuestros asuntos de todos los ataques a este derecho inalienable de la humanidad. Queremos en consecuencia abrogar estas instituciones arbitrarias que no permiten al indigente vivir de su trabajo; que extinguen la emulación y la industria y hacen inútiles los talentos de aquellos que las circunstancias excluyen de la entrada de una comunidad; que privan al Estado y a las artes de todas las luces que los extranjeros traen consigo; que retardan los progresos de estas artes; que obligan a los miembros más pobres de las Comunidades a sufrir la ley titánica de los ricos; que llegan a hacer un instrumento de monopolio y que en fin tratan de levantar de su proporción natural los artículos más necesarios á la subsistencia del pueblo.”

Aquellas siete cartas dirigidas al abate Terray sobre la libertad del comercio de los granos serán siempre recordadas en los anales de la Ciencia Económica, las cuales hicieron decir al gran Voltaire, en una carta dirigida a D’Alembet:”Acabo de leer la obra maestra de Turgot. Me parece que hay allí, nuevos cielos y una nueva tierra.”

La aparición de esta clase de edictos fue la señal del desencadenamiento de las pasiones contra el virtuoso Ministro. Todos los intereses heridos, la nobleza, el clero, la magistratura, las finanzas y la aristocracia de las corporaciones reunieron para trabajar por su caída. Fue esta una guerra encarnizada de intrigas, de injurias y de libelos contra el hábil ministro de Luís XVI. El joven y fogoso consejero d’Espremesnil, acusó en pleno parlamento a la secta de ¹⁹ ⁹ los Economistas de transtornar al Estado y dos meses después la Corte suplicaba al rey, *poner un término a los desbordamientos económicos*. Turgot desde aquel entonces debió haber dejado el ministerio, a pesar del resfriamiento marcado de Luís XVI para con él, por la conspiración e intrigas bajas de Maurepas envidioso del talento del ministro reformista y porque además tenía la convicción de la rectitud de sus ideas, de la pureza de sus intenciones y de que ocupar el poder era tan solo servir a la causa de su patria. Pero el 12 de Mayo de 1776 fue día fatalísimo para la Francia, día en que el antiguo ministro Bertin le lleva la orden de su destitución firmada con la propia mano de este príncipe que cuatro meses antes deciale:”Solo vos y yo amamos al pueblo:” Mentidas adulaciones de los gobernantes envilecidos cuando necesitan servirse del genio y de los conocimientos de los hombres superiores para el progreso de su gobierno o la salvación de sus desaciertos. Dijese que cuando Turgot recibió esta orden encontrabase escribiendo una carta sobre asuntos públicos y dejando con rapidez la pluma contestó: “Mi sucesor la terminará” y en efecto señores, sus sucesores se encargaron de enseñar a la Francia todo lo que ella había perdido de grande y de sublime en este negro día. En adelante la nación francesa no debió contar sino con ella misma, con sus propias fuerzas.

“El destino de los príncipes conducido por los cortesanos había dicho con un triste y profundo presentimiento meses antes de su caída, es el de Carlos I.”

Después de haber dejado el ministerio entregase al estudio de las ciencias exactas y naturales, de la filosofía y de la literatura, extendiendo y ensanchando cada día el círculo de sus conocimientos que él poseía en Astronomía, Geometría, Física, Química,

¹⁹ ⁹ Inicio del folio 125 ídem. Pág. 37

Geología, etc., hasta que un cruel ataque de gota después de haberle arrancado a estas nobles ocupaciones del espíritu, vino a arrebatar definitivamente el 20 de Marzo de 1781 a la Francia y a todos los pueblos de la tierra, al pensador de genio más eminente que hayan contemplado la razón y la ciencia, las sociedades y los siglos, la humanidad y su historia.

*

* *

SEÑORES:^{20 0}

Nada podría darnos una idea tan completa de lo que fue Turgot y de su misión como hombre de alta ciencia y como político y estadista, sino el estudio atento de cada una de sus obras. Es allí donde se puede únicamente contemplar a la vez todos los asuntos en los cuales tomó parte activa la fuerza de sus meditaciones; es allí donde se hace preciso respirar el perfume de virtud, de delicadeza y de ternura que se exhala de esta alma honesta llena de confianza en el triunfo de la verdad y del bien y de abnegación por la causa de la humanidad y de la justicia. La verdad resalta en todos sus escritos y no podía ser de otra manera, desde que Turgot, es uno de aquellos pensadores cuyas obras duran tanto, como el genero humano, como la creación universal y como lo infinito: "Hombre completo y admirable dice Mr. Monjean, Turgot, en las manifestaciones diversas de sus facultades morales e intelectuales, pertenece a la ciencia por su genio, a la Francia por su patriotismo y a todos los siglos por su virtud."

Si escolló en su siglo, en cambio lo ha dominado por entero. Ha fundado también la Economía Política del presente siglo y mediante la libertad del trabajo legada por él, como testamento invaluable de sus doctrinas económicas y filosóficas, le ha impreso el sello más característico con que se le distingue en la historia de la humanidad. Gracias a la libertad del trabajo el siglo XIX ha sido el siglo de la grande industria, de la aplicación de los grandes descubrimientos científicos, geográficos económicos, al desenvolvimiento del trabajo y de la riqueza. Al hacer penetrar en conciencia francesa y europea los principios de la libertad del trabajo, Turgot , ha preparado la conquista del Universo por la civilización occidental, y es el presente viejo siglo que termina el que ha llevado á cabo esta conquista: conquista, señores, gloriosa, inmarcesible, espléndida.

"Dadme cinco años de despotismo y la Francia será libre." Tal es la frase que le han atribuido a Turgot, todos los enemigos de sus doctrinas, mas no se puede nunca ser, señores, amigo del despotismo aquel que en todos sus escritos odió de muerte a la tiranía y la arbitrariedad, los hermanos naturales de esta forma odiosa de gobierno y mucho menos el que en hermoso y valiente verso dijo a Franklin respecto de su colosal invento: "Arrancó el rayo al cielo y el cetro á los tiranos."

Sus ideas brillarán siempre flotando en el cielo del mundo moral á manera de aquellas raras constelaciones que derrochan claridades de diamantina^{21 1} luz en el campo astral de los inmensos cielos. Ellas llevan en sí la solidez del granito, la amplitud

^{20 0} Inicio del folio 126 ídem. Pág. 39

^{21 1} Inicio del folio 127 ídem. Pág. 41

de los horizontes dilatados, la triunfal belleza de aquellos dorados soles que lucen soberanos en los marmóreos cielos del Oriente, la poesía, elegancia, y perfumada frescura de las flores matinales, y sobre todo el encanto pleno, augusto, antes nunca escuchado ni sentido de la armonía más conmovedora y sugestiva. Son hermosas; por consiguiente, ellas vivirán en el pensamiento de la humanidad y en la conciencia de las generaciones agradecidas que hacen del arte un altar y de la ciencia una verdadera religión del ideal, cuyo sacerdote es el genio: Religión esta, señores, donde en la cual se enlazan y compenetran misteriosamente el espíritu con lo Infinito al través de la eterna evolución y del eterno progreso universales.

Celso T. Zuleta.

Vº Bº- ALZAMORA.